

PROBLEMAS ECUMÉNICOS Y MONACATO EN AMÉRICA LATINA

Es bueno hacer este examen de conciencia sobre la situación ecuménica en América Latina, prácticamente al día siguiente de concluir el Encuentro Episcopal Anglicano-Católico Romano (Bogotá, 914 febrero 1971). Este ha sido, sin duda, en la opinión de todos, uno de los momentos cumbres de nuestra breve vida ecuménica, tanto el hecho en sí mismo cuanto lo que de él se puede seguir. Es la primera vez en la historia de nuestro continente que veinte obispos, diez de cada confesión, se encuentran para orar y estudiar juntos, durante cinco días, y así conocerse. El gran descubrimiento de Bogotá, vivido y no teórico, es la unidad que ya existe, y la exigencia que suscita de la unidad completa, orgánica, en el respeto de la identidad de cada cual como Iglesia. Semejante revelación sería excepcional en Londres, en Nueva York, o en Roma. En Bogotá es revolucionaria.

Podríamos así dejarnos llevar por el entusiasmo de los cinco días pasados juntos: “Señor, ¡que bien estamos aquí! hagamos tres tiendas...”. No “sabríamos lo que decimos” (cf. *Lc* 9,33-34). Porque de Bogotá hay que volver al “mundo”, es decir, a la realidad ecuménica latinoamericana, y esta se puede todavía caracterizar por sus dificultades.

Señalaré aquí tres, que sirven a la vez de planteamientos para la acción ecuménica futura. Las dificultades no tienen sentido por sí mismas, sino en cuanto nos proponemos resolverlas. Ahora bien, la tesis de esta nota es que los monjes tienen un papel que cumplir en este orden mientras sean fieles a su vocación básica.

I

La primera dificultad es la que llamaré el *desencuentro*, un nombre que expresa bien, creo, la situación. Católicos y demás cristianos en América Latina, sean ellos evangélicos u ortodoxos y orientales, simplemente no se encuentran. Siguen caminos separados. Ello es verdad ya en el plano geográfico, al menos hasta cierto punto; así, la vida religiosa de los armenios, por ejemplo, está concentrada en un lugar que un católico romano conoce sólo externamente. Las comunidades se han acostumbrado a coexistir sin conocerse. O bien, los cristianos de la Reforma o de la Ortodoxia desaparecen, como fenómeno religioso, en el mar del catolicismo visible. Para muchos católicos romanos, el “protestante” es un personaje que distribuye Biblias a domicilio, cuando no folletos o periódicos de dudoso contenido escatológico, como “Atalaya”. De esta manera, su percepción de los evangélicos está viciada desde el principio por una confusión penosa, que toma a los cristianos por los que no lo son, o lo son apenas. Un sensible beneficio del Encuentro de Bogotá es que la distancia entre un anglicano, aunque evangélico, y un mormón, aparece infranqueable a simple vista.

El distanciamiento es también intelectual, debido a la pésima, pero constante, formación de los católicos en este campo.

Un “protestante” es tenido comúnmente por un miembro de una secta, que tiene muy poco de Iglesia, carente de verdadera tradición religiosa, puro movimiento de protesta de rebeldes con poca o ninguna causa. De aquí la desconfianza con que hasta hace muy poco era mirado el bautismo conferido por los evangélicos. Por eso, la celebración de la Eucaristía anglicana, como se la puede ver en cualquier ciudad importante de América Latina, es una experiencia recomendable para un católico medio: descubrirá la calidad católica de esa liturgia. En cuanto a los ortodoxos y orientales, la ignorancia es todavía mayor, si cabe, asociados como están (no sin

cierta razón), en la opinión corriente, a determinados grupos étnicos.

Esta descripción calza a los católicos, respecto de los otros. Está escrita desde esta perspectiva, que es la que el autor mejor conoce. Pero cabe preguntarse si los evangélicos, excepción aparte, conocen mejor a los católicos. La vieja imagen del devoto ignorante, casi idólatra, dependiente servilmente de un clero todopoderoso y de un pontífice endiosado, enemigo del Evangelio y fanático de las buenas obras, todavía debe tener algún curso entre ciertos evangélicos. A esto se añade que, durante mucho tiempo, los evangélicos han sido perseguidos entre nosotros (quiero decir, en varias partes de América Latina), con ayuda del brazo secular, en virtud de una teoría de las obligaciones del estado católico, que los evangélicos tardarán en dar por superada, a pesar de “Dignitatis humanae”. Tengamos presente que la memoria comunitaria de las comunidades evangélicas está llena de historias de esta clase, nada legendarias y fechadas en épocas relativamente recientes. Un libro como el de Daniel P. Monti, “Presencia del Protestantismo en el Río de la Plata durante el Siglo XIX” (Buenos Aires, 1969), es muy aleccionador a este respecto. Se comprende muy bien que el ecumenismo del pastor, o del profesor de teología, sea mirado como una peligrosa desviación por la masa de los fieles, o parte de ella. La identidad de tal o cual comunidad, y en realidad, de todos los evangélicos, en cuanto tales, parece esencialmente vinculada a esta resistencia a lo católico romano.

Más aún, la misión misma del protestantismo en América Latina, como ha sido históricamente concebida, tiene mucho de cruzada para la evangelización del continente, en el sentido técnico de la palabra Evangelio. La luz que de éste fluye, predicado en su pureza, debe disipar las tinieblas de la Iglesia católica romana. Parecería así que la oposición a ésta fuera exigida por la vocación misma del evangelismo local, y que toda forma de actividad ecuménica, en cuanto mira por lo menos a la coexistencia y colaboración pacífica de las Iglesias, fuera una manera de traición a esa distintiva vocación.

Un siglo y medio no se borra en cinco años. No obstante, los progresos son notables, gracias al cambio universal de clima entre las confesiones, y en América Latina, al cambio lento pero seguro de actitud de nuestra Iglesia. Para no pocos evangélicos, la reforma del Concordato colombiano es la piedra de toque. Ahora bien, esta reforma está ya a estudio y el nuevo estilo se confirma con los hechos.

II

Esta primera dificultad trae otra, de no menor cuantía. Es la dificultad de la *ajenidad*, por así decir. La tarea ecuménica resulta ajena, extraña, por no decir, extranjera. El obispo católico, o la Conferencia episcopal, juzga que, en su horizonte pastoral, ahíto de problemas, eclesiásticos o humanos, la preocupación por unos cuantos “protestantes”, o por unos remotos orientales, es bastante secundaria, propia quizás de algunas personas especializadas, que justifiquen con su trabajo las declaraciones y compromisos conciliares de nuestra propia Iglesia. Se llega, es verdad, a comprender la necesidad, o la conveniencia de transformar los Concordatos, pero esto puede ser por sugestión de la Santa Sede, que resulta ser la verdadera interesada, siendo la firmante de los correspondientes instrumentos. Y hay numerosas excepciones a esta especie de regla; numerosísimas, quizá. Los obispos, cuando son invitados a colaborar en alguna actividad ecuménica, demuestran siempre o casi siempre, una ejemplar buena voluntad, lo cual dice mucho de su fidelidad a las orientaciones de la Iglesia, aunque no parezcan muy adaptadas al medio. Pero no se ve todavía la iniciativa pastoral en este orden. No se comprueba todavía que se considere la acción por la unidad una actividad importante y necesaria, aquí precisamente, en América Latina, donde hay pocos protestantes (relativamente) y orientales, porque es aquí donde se trata de borrar, mediante la sinceridad ecuménica, tantas legítimas quejas que nuestros hermanos cristianos pueden esgrimir contra nosotros, en este mundo y (sobre todo) en el otro. Aquí, más que en ninguna parte, la tarea ecuménica es una tarea de *reconciliación* entre hermanos, que se perdonan mutuamente, según la instrucción evangélica, antes de presentar la

propia ofrenda sobre el altar (Mt 5,24). Ahora bien, el perdón mutuo requiere una serie de gestos externos, no uno solo, ocasional, sino simplemente, una manera distinta de tratarse.

Digo esto, porque aunque obispos y jefes de otras Iglesias o comunidades comienzan a encontrarse, como en Bogotá, y por consiguiente a reconciliarse, no se ven todavía muchos *programas* ecuménicos, que proclamen y transmitan esta reconciliación, convirtiéndose en una etapa del camino a la unidad restaurada, que no se cesa de buscar. Precisamente porque aquí, en América Latina, donde los evangélicos no son tantos y pueden ser hostiles a la Iglesia Católica Romana y los orientales son cerrados sobre sí y están aislados, el ecumenismo es una tarea personal de primera envergadura, y hay que realizarla de manera bien concreta y discernible. Las ocasiones no faltan: la Semana de Oración por la Unidad, por la cual se ha hecho todavía tan poco entre nosotros, la educación de nuestras comunidades, los matrimonios mixtos, la vigilancia para corregir rápidamente los abusos. Una atención pastoral constante y despierta encontraría fácilmente múltiples recursos para traducir en la práctica cotidiana, de manera ordenada, la preocupación real por la unidad cristiana.

Esto nos permitiría construir lo que se llama, con un nombre no del todo adecuado, *el ecumenismo de base*. La expresión significa la participación de las comunidades primarias de la Iglesia, la parroquia, las casas religiosas, la familia inclusive, en la búsqueda de la unidad, de la cual están ahora, salvo contadas excepciones, notoriamente ausentes. La noción de la unidad perdida, que es necesario recuperar, no se encuentra en el horizonte religioso de nuestros fieles. Tampoco, en cuanto se puede juzgar, en la de los fieles de otras Iglesias y comunidades. Los católicos, como insinuaba más arriba, siguen todavía influidos inconscientemente, por la doctrina del “retorno” de los disidentes a una unidad que nosotros seríamos los únicos en conservar. Los orientales y los evangélicos tienen sus propias dificultades. El resultado es que, si bien los pastores se encuentran de tanto en tanto, sobre todo los de grado superior, no se consigue todavía introducir la inquietud ecuménica en la vida diaria de las comunidades cristianas. Las excepciones confirman la regla, porque se trata, o bien de ejemplos muy aislados, y por eso tanto más laudables; o bien, de jóvenes que se encuentran en la acción común social y política, ajenos a las exigencias doctrinales y disciplinarias de sus propias Iglesias; o bien, finalmente, de grupos de avanzada que se separan por eso mismo de la masa de los fieles “comunes”, de los cuales, sin embargo, está compuesta la Iglesia.

La necesidad de popularizar y diseminar el ecumenismo es, en América Latina, tanto más urgente, cuanto más progresa la actividad ecuménica a nivel de superiores y de profesionales. Porque de esta manera se crea un *alibi*, una especie de sustituto suficiente, que favorece la transferencia de responsabilidades, al precio de aislar y hacer pasablemente exótica una actividad tan vitalmente cristiana como la reconstrucción de la unidad de la Iglesia. Los especialistas ecuménicos deben prever este peligro, cuando establecen los contactos oficiales entre las Iglesias, y prevenirlos.

III

Un tercer elemento complica todavía sutilmente esta pintura. Es el surgimiento y la prosperidad entre nosotros de una intensa actividad de difusión de movimientos, que, o bien son evangélicos, aunque no estén especialmente vinculados a ninguna Iglesia sino a lo que se llama el “revivalismo” o bien de carácter “entusiasta” como el pentecostalismo, o bien son sólo marginalmente cristianos como los testigos de Jehová, los adventistas del séptimo día, o los mormones. En algún lugar, como en Brasil, habría que añadir todavía una cuarta clase a la enumeración: los movimientos afroamericanos de diferentes catadura y el espiritismo.

Cada uno de estos movimientos pediría examen aparte, y es posible que, una vez hecho, llegáramos a una diversificación tan neta entre ellos como la que ahora se ha aprendido a hacer entre ese grupo y el de las Iglesias y comunidades eclesiales de la Reformas. El hacer tal examen

es una responsabilidad más de los especialistas ecuménicos en estrecha colaboración con los expertos de otras disciplinas.

Entretanto, dos características parecen ser comunes a todos ellos. La primera es una vigorosa capacidad de difusión, que emplea diversas técnicas, sea las grandes asambleas de masa, como el así llamado “Evangelismo a fondo”, sea la penetración capilar por visitas domiciliarias, distribución postal y personal de hojas y folletos, conversaciones directas, y otros recursos. La segunda es su éxito aparente, en número de miembros. Es sabido que los pentecostales constituyen el movimiento religioso de más rápido crecimiento en América Latina; en un país como Guatemala impresiona la cantidad de edificios, o casas de habitación, que llevan el título de “Asamblea de Dios”. No se dan datos de otros movimientos, pero se tiene la impresión generalizada de que prosperan. Ello se debe, en parte, a la extrema simplificación de su doctrina y práctica, y a la acentuación del aspecto de conversión o compromiso con Jesucristo, en el caso de los evangélicos. Esto no impide, sin embargo, sino al contrario, que se obtenga a veces, una real y permanente transformación de las costumbres, sobre todo, en ciertos vicios socialmente arraigados, como la ebriedad o la infidelidad matrimonial.

El crecimiento numérico se hace a expensas de la Iglesia católica romana, a la cual los convertidos pertenecen al menos nominalmente, y una proporción mucho menor, a expensas de las demás Iglesias. Se dice que los medios empleados no son siempre leales, y que se hace proselitismo, en el sentido que se mira más a ganar adeptos que a dar testimonio de una conversión religiosa sin seducir el público mediante recursos escasamente tales, como ciertas sesiones de curación por imposición de manos. Por otra parte, la mayoría de estos movimientos, carentes de toda estructuración, son del todo ajenos al presente esfuerzo ecuménico, o son abiertamente hostiles. La excepción parcial son los pentecostales, tres de cuyas Iglesias (dos en Chile y una en Brasil) han entrado recientemente en el Consejo Mundial de las Iglesias y aceptado de ese modo una cierta forma de compromiso ecuménico. Pero estas Iglesias pentecostales constituyen una excepción en sí mismas en cuanto que han adquirido un alto grado de estructuración y no se distinguen, como tales, de las demás Iglesias. El resto permanece inaccesible a la actividad de conocimiento y respeto mutuo, ordenada siquiera sea de lejos a la restauración de la unidad, que define la tarea ecuménica.

De esta manera se abre lo que se puede llamar un tercer frente en las relaciones interreligiosas en América Latina: el frente de aquellos que no se prestan a la instauración de dichas relaciones, convencidos quizá de que una actitud dialogante pondría en serio discrimen su impulso difusivo. Esta actitud negativa es calificada generalmente de “sectaria”, y los movimientos que la demuestran son llamados “sectas” por algunos de los otros. Prescindamos aquí de esta denominación peyorativa. Pero retengamos que un estilo exclusivo, agresivamente preocupado de conseguir adeptos y opuesto a toda conversación con los demás son características sectarias, dondequiera que se las encuentre.

La dificultad consiste en la existencia misma de este frente: ¿qué hacer con él? Además, tiende a envenenar, sin proponérselo, las relaciones ecuménicas, porque siembra la desconfianza entre las partes. Los obispos católicos se quejan a veces de que sus intentos de apertura ecuménica son aprovechados para lanzar campañas de evangelización a fondo que encuentran sus fieles indefensos, a raíz precisamente de que se les enseña a apreciar a los otros cristianos. El problema de las misiones cristianas en el continente se complica igualmente, porque se confunde fácilmente la voluntad misionera de una Iglesia, como la anglicana o la metodista, que es enteramente legítima, con estos intentos discutibles de multiplicación numérica, o de proselitismo.

Todo proyecto de solución es por ahora prematuro, y cae además al margen de este artículo, que se limita a describir la situación. Diré, no obstante, que no se puede prescindir de la realidad señalada, en cuanto que ella pertenece a los *términos* del problema ecuménico, como se plantea entre nosotros. Hay que tenerla en cuenta para componer nuestros programas, y estar dispuestos

a encararla con la honestidad, paciencia, apertura y caridad proveniente, que son propias de quienes se saben obligados a dar testimonio de Cristo en cualquier situación, sean católicos, evangélicos u orientales. No se debe olvidar tampoco que en esos movimientos puede haber, y hay, valores religiosos, que debemos discernir, atribuyéndolos a su verdadero autor, que es el Espíritu Santo (véase el caso de los pentecostales, hoy fáciles de encontrar entre los católicos en ciertas partes, como en los Estados Unidos). Así se puede aprender también de ellos. Nuestra obligación ecuménica incluye, entonces, el estudio y la atención simpática, y excluye toda agresividad, aunque ellos la demuestran: no se devuelve mal por mal.

IV

Descrita así, sumariamente, la situación ecuménica en sus aspectos menos ideales, nos preguntamos ahora qué pueden hacer los monjes y los monasterios para contribuir a su mejoramiento.

La pregunta no es fácil de responder, porque se puede caer en las generalidades banales, o en un optimismo excesivo, sin mayor utilidad. Se trata simplemente de ver si la vocación monástica, en lo que tiene de específico, puede contribuir, en nuestro medio latinoamericano a la gran causa de la unidad cristiana.

Es claro que un monje respondería mejor a la pregunta, porque él sabría mejor qué es lo específico de su vocación, si bien tampoco faltan discusiones sobre esto en esta época de universal cuestionamiento. Por eso, la cosa se tomará por sus aspectos más simples: un monje es un cristiano que quiere vivir su vocación bautismal comunitariamente, en lo que tiene de más propio y puro servicio de Dios solo.

De esta manera, las comunidades monásticas, lugares donde se sirve a Dios y se anticipa su reino, son ecuménicas por sí mismas, porque muestran el ideal al cual tendemos. La purificación que realizan nos acerca a otros cristianos, si se tiene en cuenta la enseñanza del decreto conciliar de ecumenismo sobre reforma y unidad (ns. 6 y 7). De ahí la atracción que ejercen sobre otros cristianos, cuando se han superado ya los viejos mitos. Invitan espontáneamente a la imitación. Convendrá así tener presente que el monacato pertenece a la herencia preciosa de la Iglesia *unida*, no a la distintiva del catolicismo occidental. Las Iglesias orientales tienen un carácter monástico dominante. Algunas iglesias reformadas descubren de nuevo este valor.

Como lugares donde se procura vivir una vida cristiana simple y pura, centrada en la Escritura y la Liturgia, los monasterios son, en América Latina, pruebas concretas de lo que la Iglesia católica romana quiere de sus fieles; que sean evangélicos y vivan para Dios. La humana debilidad oscurece a menudo esta simple perspectiva. Como tal, sin embargo, no difiere, del fin que se proponen los protestantes. Muestra la verdadera escala de valores que es la nuestra.

Esta vocación ecuménica implícita en la vida monástica, como en cualquier vida cristiana fervorosa, cualquiera sea su sino, debe ser hecha explícita. Los monasterios deben proponerse la reconstrucción de la unidad como una importante tarea suya. Es propia, hemos dicho más arriba, de cualquier comunidad de cristianos; lo es mucho más de aquellos que se proponen vivir su fe de una manera a la vez simple y profunda.

Les corresponde orar por la unidad, con los matices distintivos que esa oración debe tener entre nosotros: de expiación, por nuestro pasado exclusivista; de insistencia, por las dificultades a que estamos enfrentados; de sumisión a la voluntad divina y por la aparente o real insensibilidad de una parte de nuestros presuntos interlocutores; de confianza, por nuestra patente debilidad.

Les corresponde también dar su lugar a la Palabra de Dios, que es nuestro vínculo, no sólo con las grandes confesiones protestantes, sino incluso con muchos de los movimientos recién

descritos, que manifiestan una gran devoción por la Biblia, recubierta a veces por un liberalismo supersticioso.

Algunos podrán, además dedicar algunos de sus miembros, hombres y mujeres, al estudio y la actividad ecuménica específicas, con gran provecho de la obra en si, penosamente necesitada de sostén. Pero esto queda en el orden de las vocaciones personales. Aquí nos interesan más los monasterios, o la vida monástica en cuanto tal. Pensamos, en suma, que, en la medida en que son fieles a su propia vocación distintiva, realizan, por eso mismo, una obra ecuménica, que es preciso hacer explícita y consciente.

Indico dos maneras de cooperación directa, que pueden tender a la solución de las dificultades arriba descritas, sobre todo de las dos primeras. Estaría muy bien que algunos monasterios, especialmente los de las ciudades, tomaran sobre sí la celebración solemne de la Semana de la Oración para la Unidad Cristiana, que, entre nosotros, se realiza en Pentecostés. No harían nada extraordinario, sino hacer visible, en unión con los otros cristianos que quisieran, su permanente vocación de oración, centrada en la Biblia, y preocupada por el bien de la Iglesia, que es la unidad. Un testimonio valioso, que ganaría a otras comunidades y fieles católicos a este necesario ministerio, demasiado ignorado. La práctica de la Semana crea, además, relaciones permanentes con otras comunidades cristianas, que el monasterio puede luego continuar y fomentar, en cuanto es un hogar de vida religiosa al cuál es provechoso volver. Lo que se sugiere, entonces, es una *irradiación* ecuménica, que se concentra en la Semana de Oración por la Unidad.

Otra colaboración apreciable sería el relacionamiento con los orientales, ortodoxos o no, cuya tradición monástica, mucho más integrada en la vida común de la Iglesia que en la Iglesia católica romana, brinda una rica fuente de contactos. Hay algunas comunidades monásticas orientales entre nosotros; parece obvio que las nuestras se vinculen estrechamente con ellas, con intercambio de visitas, información, mutuo servicio, hospitalidad y comunicación en los acontecimientos que marcan la vida monástica. Esto es lo que se llama, en lenguaje ecuménico, “crecer juntos”, es decir, más simplemente, portarse los unos con los otros como hermanos.

Pero aunque no hubiera comunidades monásticas; están los fieles con sus obispos, tradicionalmente considerados monjes. Se trata de ofrecerles amistad y comprensión, a fin de romper el muro que nos separa, étnico más que religioso.

Para esto habrá quizá que prepararse con mayor cuidado. Pero un monje no olvidará que su propia tradición depende, en buena parte, de la misma fuente de la cual proceden originalmente esas Iglesias.

Los movimientos que describimos en la tercera parte de este artículo parecen inaccesibles a esta acción benéfica de los monasterios, si no es por el recurso de la Biblia, ya señalado, que puede mover a algunos de ellos. Pero no es superfluo haberlo señalado. Porque, por una parte, la oración inteligente debe saber qué es lo que pide, y la oración por la Unidad en América Latina comprende necesariamente esta intención que nos humilla y nos exhorta simultáneamente, y por la otra, es posible y deseable que, conocida la dificultad, se nos brinden vías y cooperación para su solución, que no se nos ocurrirían solos.

Este es, en general, el espíritu en que estas páginas son sometidas a los monjes; no tanto para enseñar lo que no se sabe cuanto para pedir ayuda y luz en una tarea que nos concierne a todos: la reconstrucción de la unidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, a imagen de la unidad de la Trinidad, a Un de que nuestro testimonio ante el mundo sea más digno de la fe que predicamos (cf. *Jn* 17,21).

Buenos Aires - Argentina